



Victor Manuel Arbeloa: de clérigo a presidente del Parlamento Foral.

TRAS varias jugarretas, villanías y escaramuzas propias de la política, el presidente del neófito Parlamento Foral de Navarra resultó ser el clérigo y militante socialista don Víctor Manuel Arbeloa. Las finuras y las groserías entre Herri Batasuna y el Partido Socialista acabarían beneficiando a este último. Pero, más allá de escarceos partidistas, el hecho cierto es que un cura —aun socialista— ocupa hoy el puesto más alto de la más alta institución del viejo Reino. Así, Navarra, por encima de apariencias engañosas, quizá no haga sino continuar la ya remota costumbre de que los curas —hoy rojos, ayer fascistas, mañana lo que les obligue— sean gente de mucho mando y mayor influencia.

En los primeros años sesenta, reciente misacantano todavía, don Víctor Manuel Arbeloa estaba destinado como coadjutor en la parroquia de San Juan Bautista de Estella. Era entonces esta una ciudad tranquila y hermosa, rica en monumentos e iglesias. Apenas había otras industrias que las de la familia Ruiz de Alda, beneficiaria de todos los dones y prebendas de la dictadura por aquello de tener un héroe de la Cruzada —y encima muerto— en su seno. La mesocracia ciudadana estaba formada por comerciantes de tipo medio que vendían sus cosas a los agricultores de los pueblos de la zona. Por esas fechas, los respetables y católicos padres de familia habían rechazado la oferta para construir un instituto de en-

Navarra

SIEMPRE LOS CURAS

señanza media por considerarlo un centro para pobres, y optaban por un colegio diocesano —un cura al mando, por supuesto—, que suponían de mejor tono; un grotesco y burgalés fraile escolapio hacía desfilar, de vez en cuando, por las calles céntricas a unos ciento cincuenta niños —en fila de a dos y por orden de altura— aspirantes al sacerdocio (parece ser que ninguno ha consumado su infantil vocación). Era, pues, Estella una ciudad tranquila. En cierta forma, don Víctor Manuel Arbeloa removió sus mansas aguas y alborotó el gallinero al ocurrírsele predicar a favor de los obreros y gentes así. Total, que tan revolvedor pastor tuvo que abandonar su rebaño y le fue destinada otra grey. Estella no volvería a ser lo que fue.

A finales de los años sesenta, la Diputación Foral emprende un plan de indus-

trialización de la provincia y crea varios polos de desarrollo en otros tantos pueblos o ciudades. El navarro abandona el campo y, sin dejar su casa, se hace obrero. Los curas empiezan a ser conflictivos y hasta rojos; el seminario diocesano sirve para reuniones políticas. Con la industria, el desarrollo político se acelera y la mala conciencia por la guerra civil se pierde en huelgas; la ORT, grupo maoísta de origen católico, hace su agosto y muchos curas ingresan —cuando no son fundadores— como militantes de la organización; apuntan primerizos algunos brotes de vasquismo.

Tras la muerte de quien por fin se descompuso, Navarra es una de las provincias más conflictivas del Estado. El seminario ya no da curas y la juventud pasa del rojerío al nacionalismo. En Estella hay un flamante instituto y los

obreros dominan los ambientes que otrora fueran coto de comerciantes; los padres escolapios hace años que abandonaron la ciudad; aunque la gente va menos a Misa, los curas siguen teniendo una gran influencia a través de la actividad política.

Hoy la situación es de todos conocida: la provincia está dividida entre vasquistas y navarristas, los policías aumentan cada día, los conflictos no cesan y un cura preside el Parlamento Foral. Hay que decir, bien es verdad, que don Víctor Manuel Arbeloa es también un escritor de incierto fulgor, un poeta de resonancias conventuales, un historiador foralista y, tras sus devaneos como independiente, miembro del PSOE. Finisecular tradición o no, lo cierto es que un cura rige hoy los más altos destinos navarros. Loado sea el profeta. ■
G. GOICOECHEA.



Finisecular tradición o no, lo cierto es que un cura rige hoy los más altos destinos navarros. En la foto, reunión del Parlamento Foral.